

SIC

TELÉFONO 7501 APARTADO 413

CARACAS

REVISTA DE
ORIENTACION CATOLICA

Año 7 — Tomo VII — N° 65
Mayo — 1944.
Caracas — Apdo. 413

Se agudiza por días, aun en ambientes que se calificaban de refractarios y casi inmunizados, un problema que felizmente no había conocido Venezuela: la crisis de madres.

Y no nos referimos, al menos exclusivamente, a la propaganda del Brith-control (Control de la natalidad), que de las esferas más altas de las ciudades populosas va comunicándose a la clase media y aun a los sectores campesinos, recomendado a veces—como nos aseguran informaciones recogidas en el Táchira—por quienes por deber profesional están obligados a condenarlo. Nos referimos más bien a un contagio de frivolidad, que va imponiendo en extensas esferas el concepto de que la crianza y educación de los hijos “es una carga pesada y fastidiosa”, que viene a frustrar y malvaratar a las esposas jóvenes el anhelo de “vivir su vida y gozar su juventud”.

En círculos de madres y aun de jóvenes se comenta con desprecio el afanoso tragar y preocuparse de ciertas compañeras, “cargadas de hijos prematuramente”; que se dedican, “ellas mismas”, a la crianza y al cuidado de sus bebés; “con el mismo afán, se añade, “extremoso y ridículo de nuestras abuelas”.

Ellas en cambio “viven su vida, gozan su juventud”: ellas, contagiadas de ambientes exóticos, se entregan con afán vertiginoso a las fiestas sociales, al teatro, al cine, al rummy... Sus niños quedan al cuidado del servicio, al que mal podrán exigir tales madres una abnegación y un sacrificio, de que ellas carecen. Los que conocemos esta realidad vemos con alarma el número creciente de muertes infantiles por descuidos del servicio. ¿Del servicio? Y ¿dónde estaba la madre?

Esta manera de sentir, que desgraciadamente va siendo cada día menos rara, sobre todo en hogares donde la esposa ha llegado al matrimonio en la primera juventud, podrá estar muy de moda pero repugna íntimamente a la naturaleza, expresión de la voluntad de Dios.

El mayor placer de la madre, el más íntimo y profundo, será siempre el amor, la preocupación y la entrega generosa al bienestar de sus hijos. Cualquiera otro placer es, su comparación, espejismo, tal vez brillante, pero engañoso.

Nuestras abuelas tuvieron sin duda sus defectos, y no vamos a caer en la ilusión de creer que “todo tiempo pasado fué mejor”. Pero sería insensatez creer que fueron “infelices y ridículas” porque nos amaron y se sacrificaron por nosotros.

Aprendamos la lección de naciones que fueron infelices—trágicamente infelices—por esta temible crisis de madres. No nos extrañemos de que las madres que no quisieron tener hijos, tengan una vejez solitaria en un pensión o en un asilo. No nos extrañemos de que los hijos que no conocieron el verdadero amor maternal, que no consiste en besos estrepitosos, sino en una consagración cuya base es el sacrificio, nieguen a sus mayores en la ancianidad la correspondencia natural de un amor sacrificado y generoso.

Madres, por unos años breves de placer efímero y engañoso, no os privéis de las íntimas satisfacciones del deber maternal cabalmente cumplido. No os labréis por frivolidad una ancianidad dolorosa.

¿Crisis de Madres?